

Pliegos 4.



HISTORIA VERDADERA  
DE LA PÉRDIDA Y RESTAURACION  
DE ESPAÑA,

POR DON PELAYO , Y DON GARCIA  
Ximenez de Aragon.

SACADA DE DON RODRIGO , MORALES , PISA , JULIANO,  
y varios manuscritos antiguos.

*SU AUTOR DON MANUEL JOSEF MARTIN.*

Con licencia : En Córdoba , en la Imprenta de D. Rafael Garcia  
Rodriguez , Calle de la Libreria.

Ast. R.

C. 1 - 36

R168.688





HISTORIA VERDADERA  
DE LA PÉRDIDA Y RESTAURACION  
DE ESPAÑA,

POR DON PELAYO, Y DON GARCIA  
Ximenez de Aragon.

SACADA DE DON RODRIGO, MORALES, PISA, JULIANO,  
y otros manuscritos antiguos.

SE VENTA EN MADRID EN LA LIBRERIA DE DON MANUEL JOSE MARTIN.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de D. Rafael Garcia  
Rodriguez, Calle de la Libreria.



## CAPITULO PRIMERO.

*Estado funesto de España. Reynado de D. Rodrigo, y progresos con la Caba. Pronóstico sobre la pérdida de España. Traza el Conde D. Julian su traicion. Declarase la traicion, y se previenen unos y otros á la pelea. Batalia grande que se dió donde se perdió España, y en qué paró D. Rodrigo.*

Con mil estragos de Religion, y costumbres se hallaba el Imperio de los Godos en España cerca de los años de setecientos y once, no solo por las parcialidades de los Grandes, que cada qual queria ser Rey de su mando, sino por las malas y sacrilegas leyes de Witiza, en que negó la obediencia al Papa. Concedió que cada uno tuviese las mugeres que quisiese, y que los Clerigos se casasen. Sucedió á este malvado Rey, Don Rodrigo, hijo del Infante Theodofredo, y nieto del Rey Chindesvinto, el qual andaba fugitivo de Witiza, que procuraba su muerte; pero tuvo maña como hacerse con gente, y dar contra Witiza; y cogiéndole preso, le



#### 4 *Historia de la Pérdida*

sacó los ojos , y le hizo morir en prision : castigo , que él merecia por sus maldades , y porque lo mismo habia hecho hacer con Theodofredo , padre de Don Rodrigo.

Entró á reynar éste , y tomó por su Privado al Conde Don Julian , sugeto muy poderoso , y de muchos estados en la Mancha , Andalucia , Africa , y en Portugal. Este tenia una hija llamada *Caba Julia Florinda*, que se criaba por Dama en el Palacio del Rey. Aficionóse á ella el Rey Don Rodrigo , por sus prendas , y hermosura , é intentó hacerla muger suya , lo que tenia al Conde muy gozoso , y á ella bastante alegre. Pero el Rey no cumplió lo prometido , porque hizo venir de Africa á Egilona , con quien se casó. Quedó la Caba tan sentida de la burla , como picado su Padre del juego de la fortuna. Disimuló , no obstante , uno y otro el agravio , forjando en sus pechos la venganza. Cansose el Rey de los brazos de su esposa Egilona , y volvió á mirar con aficion á la Caba. Procuraba atraerla á sí , dándola á entender por señas y palabras sus pensamientos ; y aunque temeroso á los principios , despues con bastante desahogo.

Resistióse la Caba muy á lo de noble, dándose por desentendida á las señas, y por agraviada á las palabras. Con el mismo brio que rechazó las promesas, despreció los alhagos y caricias: y mas que los recuerdos de la ofensa pasada, en vez de ablandarla, elevaban y endurecian su voluntad. El Rey, viendo lo firme é incontrastable de Florinda, ó la Caba, consiguió por fuerza lo que no pudo por el alhago. Quedó la Caba hecha toda al dolor, viéndose deshonrada, y participó á su Padre lo que habia ejecutado con ella, para que tomase venganza del agravio. Luego que Don Julian recibió la carta de su hija, en que le participaba la afrenta, saliendo fuera de sí, se dió á trazar la venganza, haciendo entonces de disimulado, hasta poner en planta sus trazas, en que sobrevino toda la infelicidad á nuestra España. Bien es que ya algunos Historiadores no atribuyen la causa de perderse España á la afrenta de Florinda: pudo ser sí espuela que avivó mas la traicion que ya el Conde Don Julian estaba trazando en Africa por favorecer á los hijos de Witiza, sus sobrinos: todo permission del Cielo por la relajacion de la Ley Cristiana, que

Don Rodrigo proseguia, como su antecesor malvado.

Manifestóse bien en él aquel pronóstico espantoso, que refieren algunos de los Historiadores, que aconteció en Toledo, cuyo crédito es fuerza que se abrace, por los graves Autores que lo cuentan. Habia en Toledo ácia la parte Oriental, entre unas rajadas peñas una Torre, fundacion antiquísima de Hércules. Esta estaba cerrada con muchos candados, la qual ninguno de los Reyes se atrevia á abrir, por lo que corria, de que quien abriese aquella Torre habia de perder á España.

El Rey Don Rodrigo se burlaba de estos rumores, persuadiéndose, que eran supuestos, para que no se abriese, ni se sacasen los ricos tesoros que en ella estaban escondidos, y así se determinó á abrir la Torre; y entrando en ella acompañado de algunos, en vez de los tesoros que buscaba, hallaron solo un arca con un lienzo, donde estaban pintados hombres de diversos trages, puestos á caballo, unos con lanzas, y otros con ballestas, coronados los cabellos con tocas alistadas, al modo, que los Arabes, y Moros

Africanos, y un letrado en latin, segun el Arzobispo Don Rodrigo, que reducido al Castellano, decia: *Quien abriere los Candados de esta Torre, perderá á España.*

Quedaron todos atónitos, y el Rey mucho mas, y mandando cerrar la Torre, encomendólos no dixesen cosa de lo que habian visto. Todo esto aconteció antes que el Rey violentase á la Caba. En todo este tiempo el Conde Don Julian trazaba las cosas con el Gobernador Muza: determinó venir á España á verse con el Rey en Toledo, fingiendo algunas diligencias de importancia. Recibióle el Rey con todas demostraciones de alegria, y como brindándole con nuevas mercedes, temeroso quizá, que le contase la hija lo que ya él sabia. Todo lo advertia el Conde: con que asiendo mañoso de lo que le importaba, le pidió el Gobierno de los lugares de Africa, tomando por causa, querer estar á la vista del Moro, para impedirle qualesquier invasiones. Todo se lo concedió el Rey, y mas que le pidiera.

Con esto levantó su casa, y con su muger Erandina se partió para el Gobierno, dejando para mayor disimulo á su hija Florin-

da en servicio de la Reyna. Antes de partirse conspiró á todos sus aliados y amigos con el silencio que pedian materias tan arduas, descubriéndoles su pecho, y lo afrentado que estaba; y que el designio de irse á aquellas partes, era por pedir ayuda al Moro Muza, para quitarle á Don Rodrigo la Corona, y hacer, que la obtuviesen los hijos de Witiza sus sobrinos. Ofrecióles á todos Titulos, Oficios, Cargos, Gobiernos, y cada uno de por sí le ofreció acudirle con armas, vida y hacienda. Llegado el Conde á Africa, luego pasó á verse con Muza, con quien contrató el hecho, en razon de favorecer á los hijos de Witiza. Significóle la buena ocasion que se le ofrecia para hacerle Señor de todo el Imperio Gótico. Encarecióle la facilidad con que podia conseguirlo, y convidóse, que sería el primero, que dándole su ayuda, correria la campaña, asegurándole, que todos sus aliados, y parciales habian de acogerse á sus Vandéras.

En tanto que se tramaba, volvió el Conde á Toledo, con el fin de llevarse consigo á su hija. Fingióle al Rey, que su muger Frandina quedaba en Africa enferma, y



que la ausencia de su hija, y carecer de ella, la agravaba mas la enfermedad, y con sola su vista afianzaba su salud. Sintió el Rey el haberse del desprender de su idolatrada beldad; pero hubo de concederlo, con que se la llevó consigo. Todo ya dispuesto, se empezó á tantear la empresa, haciendo algunas correrias, en que se aseguró el Moro de que aquello iba de veras. Aumentóse la gente del Conde y sus aliados, y asimismo la del Moro, y empezó la empresa con todo vigor. Llegó aviso al Rey, y turbado con la novedad, juntó la gente que pudo; y despachó á su sobrino Don Sancho, quien peleó con esforzado valor. pero fue vencido en varias ocasiones, y por último muerto.

Viose el Rey Don Rodrigo obligado á salir: juntó un grueso Ejército, y en los Campos de Xerez se dieron vista uno y otro Ejército. Trataron una sangrienta batalla: el Rey andaba de una y otra parte animando á los suyos; pero quando vió que los dos hijos de Witiza, dexando el lado del Rey, se hicieron con los Moros, y demas rebeldes, desmayó mucho. Esta traicion degolló los brios á los que hasta entonces habian andado bizarros. Montó el Rey en un Caballo, é hizo por sí tales bizarrías, que ti-

tubeó la barbara canalla; mas nada fue bastante para no quedar vencidos los nuestros, y el Moro triunfante. Dia el mas infeliz para España, quedandose desde entonces perdida y despobladas sus Ciudades, cautivos sus hijos, saqueadas sus riquezas, vueltas en llanto sus glorias, desdorado sus blasones, la Religion por el suelo, la Fé Cristiana extinguida, muertos sus Ministros, deshechos sus Santuarios, y derribadas sus Iglesias. O, los daños que acarrea una deshonra! con el Rey Don Rodrigo, que hasta el fin de la batalla peleó valiente, desapareció en un punto, sin que las ansias del vencedor pudiesen descubrirle, ni vivo, ni muerto. Solo hallaron su Caballo á orillas del Rio Guadalete, y las Insignias Reales, la Púrpura y Corona sembradas por la arena. Su cuerpo nunca se halló, salvo lo que cuentan algunas tradiciones, rastreadas de un sepulcro, que se halló junto á Viséu, Ciudad de Portugal: cuya Inscripcion dice asi: **AQUI YACE DON RODRIGO, ULTIMO REY DE LOS GODOS.** Dicese, que trocando el Rey sus vestidos con los de un pastor, se fue descubierto al Monasterio de Caubiana junto á Merida donde confesó sus culpas, y que despues se retiró á la aspera Soledad de Pederneira en Por-

tugal; y allí en compañía de un Monge, llamado Romano, hizo penitencia, y acabo su vida. Este fue el fin de este Rey, bastante dichoso; pues con penitencia y llanto curó sus desaciertos.

**CAPITULO II.**

*Estado Infeliz en que se vió España con la entrada de los Moros. Levantase Don Pelayo contra los Moros. Causa de esta sublevación. Liberta-se Don Pelayo de un grave peligro.*

**D**Exase ahora muy bien entender el triste y lamentable estado en que quedó conternada la España con su pérdida, y furiosa invasion de los Moros, por haber entrado esta gente soez, como executora de la Divina Justicia, para castigar las enormes culpas de los lascivos Reyes. Esta fue la causa de nuestra ruina; y no hay que alegar por causa de la misma el que-xarse la Caba de su agravio, sino el haber quebrantado las Sagradas Leyes; pues San Beda, y San Bonifacio, Arzobispo de Maguncia, á los pecados atribuyen la pérdida de España, no á que la Caba clamase.

Todo el cuidado de los Cristianos en este lastimoso tiempo no era otro, que huir de la furia de los Moros, esconder las reliquias, las Sagradas Imagenes, y Sagrados Libros, acogiendo á las asperezas de los montes, pero como los Moros volaban en el alcance, muchos Fieles no pararon hasta resguardarse detras de las murallas que formò la Naturaleza en las asperas montañas de Asturias, Vizcaya, Alava, y Navarra, porque en dos años ganaron los Arabes las Ciudades de Osma, Segovia, Palencia, Astorga, y Amaya, con los demas Lugares de la Bardulia, que era la Provincia de Castilla antigua. Retiraronse, pues, los Cristianos, llevandose consigo lo mas precioso de las Iglesias, teniendo siempre esperanzas que se trocarian los tiempos, y hallarian algun alivio y amparo. Las Imagenes Sagradas, que no podian soportar, las ocultaban en lugares asperos, ó para que con los tiempos las encontrasen los venideros, ó para que aquellos Barbaros no las profanasen.

Referir las grandes vejaciones que entonces padecieron los Cristianos, no hay papel para escribirlas, como tampoco el discrimen que padeció la Religion Catolica. No obstante, haré relacion de algunas por comun, para que se

vea al estado que vino la Cristiandad. Esta relacion, aunque comun será especial, por ser sacada de algunos manuscritos antiguos.

Por un Privilegio de Albozaen, nieto del Moro Tarif, Gobernador de Coimbra, y su Partido consta, que los Cristianos Mozarabes (esto es, Cristiano, que vivian debaxo del dominio de los Moros) pagaban doblado tributo que los mismos Moros. Las Iglesias pechaban veinte y cinco pesantes de buena plata; los Monasterios cincuenta pesantes, y las Catedrales cien pesantes de la misma plata. Pesante venia á ser la onza, que ahora llamamos peso. Para lo tocante al Gobierno Politico, el Gobernador Moro nombraba un Conde Cristiano en cada Partido, para que sentenciase las causas segun el Fuero. Juzgo Gotico, pero la sentencia de muerte no se executase, sin que primero pasase ante el Alcaide de los Moros, y por la vista daban quinze pesantes. Intimaron estas leyes: Que si el Cristiano injuriaba á algun Moro, el Alcaide Moro conocia la entidad de la causa. Si el Catolico incurria en estrupo con Mora, incurria en pena de muerte, si no queria casarse con ella. Si violentaba á Mora casada, quedaba sugeto á pena de la vida. Si el Cristiano entraba en al-

guna Mezquita, y si no se reducía al Mahometismo, tenía pena de muerte. A los Sacerdotes se les impedía decir Misa, estando abiertas las puertas de sus Iglesias.

Estos Decretos abrieron la puerta á la malevolencia de los Moros, para que aun sin haber dado motivo acusasen á los Cristianos; y así Tedio, Gobernador de los Cristianos, descendiente del Rey Witiza, en la donacion que hizo al Monasterio de Lorban, dice, que por intercesion del Abad, dos veces fué absuelto de la sentencia de muerte, y que eran muchas las opresiones, y continuos los tormentos, que sufrían los Católicos. Los Cristianos que no permitieron verse sujetos á los Arabes, padecieron inhumanas crueldades. El Padre Venero, y el Padre Prieto en sus Historias manuscritas de Burgos, citando una donacion de Don Pedro primero, Obispo en Castilla, dicen, que por haberse resistido la Ciudad de Oca, mandò Abdalariz Iben Muz, que la entrasen á fuego y sangre. Pasaron á cuchillo al Obispo, y demas Eclesiásticos, y la Catedral reduxeron á cenizas. No fue sola la Iglesia de Oca la que se vió arder en llamas. El Arzobispo Don Rodrigo asegura, que no hubo Iglesia Catedral, que no

padeciese ruina, ó que el fuego no la reduxese á pavesas. Si quedó alguna en pie á los principios, fue para que despues llorasen las piedras al verse profanadas con las soeces ceremonias de los Mahometanos: y al mirarse convertidas en Mezquitas.

Eran por extremo las vexaciones y burlas que hacian los Moros á los Cristianos, porque lo mismo era encontrarlos, que ofenderlos, y echarles muchas maldiciones. Los muchachos por las calles los perseguian, y con muchos oprobios los auyentaban á pedradas, hasta hacerlos refugiar dentro de sus casas, y aun en ellas no estaban libres. Quando oian tocar las campanas de las Iglesias, para que recurriesen los Católicos á los Divinos Oficios, á quantos transitaban á ellos les blasfemaban, y hacian mil irrisiones. A los Sacerdotes, quando llevaban los Difuntos á darles sepultura, é iban, segun costumbre, cantandoles los Responsos, les remedaban y burlaban, y á veces les hacian huir: dexando el cuerpo difunto solo en la calle, con quien hacian mil insolencias. En fin, en los caminos, si cogian algun Cristiano, le trataban malisimamente, le robaban quanto llevaba, y aunque se quexase, era poco atendido. Los Ara-

bes que se preciaban de doctos; escribe Lubio, que ponían grande conato en perbertir á los Católicos, para reducirlos al Mahometismo.

Las Iglesias, y los Monasterios, no solo padecieron su ruina en la entrada de los Moros, sino que tambien la codicia de los malos Cristianos se apoderò de las Iglesias y Monasterios mas principales, y algunos que eran detenidos, y timoratos, en su lugar fundaron Iglesias, y monasterios pequeños, como consta de un Testimonio del libro antiguo de la Iglesia de Braga. Con la libertad que el Rey Witiza, y prosiguiò el Rey Don Rodrigo, puso á los hijos del siglo, dice un antiguo Escritor, volvieron las espaldas á los preceptos de la Ley Evangelica, y á los Decretos de los Sagrados Cánones, haciendo poco caso de la doctrina, que les daban los Prelados zelosos, y demas Ministros de la Iglesia; y asi llegó á dominar en ellos en tanto grado la codicia en usurpar los bienes agenos, y apoderarse de las Rentas Eclesiásticas, que llegaron á cerrarse muchas Iglesias. Y por último, los malos, y perversos Cristianos con la compañía iniqua de los Moros, llegaron á perder de todo punto el Santo temor de Dios, con que ¿á qué extremo llegaria la infeliz y desdichada España?



Al quarto año, despues que el Rey Don Rodrigo fue derrotado, que le cuentan algunos el año de 718, y otros el de 717, estando las cosas de España en tan miserable estado, estaba retirado con los demas Españoles en Asturias Don Pelayo, Principe valeroso, hijo del Duque Fasila, ó Favila, nieto del Rey Chindasvinto primero, y Page de Lanza del infeliz Don Rodrigo. Este, favorecido de Dios, y asistido de algunos valerosos Soldados, como de otros Señores, levantó Vaudera contra los Sarracenos, y fue aclamado Rey de la manera que diré.

Tenia Don Pelayo una hermana muy hermosa, á quien deseó haber por muger un Gobernador de la Region de Gijon en las Asturias, llamado Munnuza, ó Numacio: unos dicen, que era Moro, y otros que Cristiano renegado del vando de los Arabes. Este, para conseguir su intento, se hizo muy amigo de Don Pelayo, y le envió debaxo de salvo conducto á Córdoba con embaxada al Gobernador Tarif. En este medio (que sin duda se valió de esta embaxada para lograr sus fines) hubo en su poder á la hermana de Don Pelayo: si por fuerza, ó á titulo de matrimonio. no se averigua:

C



solo que quando volvió Don Peláyo sintió mucho esta afrenta, y se llevó con disimulo á su hermana á lo mas lexos de las Asturias, donde en este sentimiento, y el comun de vér la infelicidad de los Moros, porque en las Ciudades donde habian entrado, no dexaban mugeres casadas, ni doncellas, para usar de ellas á su gusto, unas por amigas, otras por esclavas, no guardando pacto, ni concierto de lo que habian prometido, padeciendo los Cristianos la mayor miseria, y esclavitud que se podia pensar, martirizandolos cada dia, por obligarlos á seguir su falsa Secta: con esto se determinó el buen Principe á hacer quanto pudiese por vengar estas injurias.

Munnuza, luego que echó menos á Don Pelayo, y á su hermana, como burlado de lo que habia hecho, fingiendo mil embustes contra él, avisó con presteza al Gobernador Tarif, afeando mucho los hechos de Don Pelayo. Mandò Tarif, que le prendiesen. y traxesen á Córdoba. No se descuidó de hacer esta diligencia Munnuza: envió luego á prender á Don Pelayo, el qual avisado, se huyó atravesando un rio, que venia muy crecido, llamado Pionia, y ahora Buena. Ibanle siguiendo bastantes Solda-

dos, y él viendose entre ellos, y las furiosas corrientes, dando de espuelas al Caballo, se arrojó al agna, y pasando libre al otro lado, dexó burlados á los que le seguian, no atreviendose ellos á hacer otro tanto.

### CAPITULO III.

*Levanta Don Pelayo Vadera, se le agregan varios Cristianos. Hacenle Rey. Viene contra él un formidable ejército, y prodigios que Dios obró en su defensa. Da gracias á Dios de la victoria. Funestas muertes de Don Julian, los hijos de Witiza, el Obispo Oppas, muger é hijo de Don Julian. Toma de Toledo. Desastres y crueldades, que obraron en ella los Moros, y muerte desastrada de Munnuza, Governador de Gijon.*

**V**iendo Don Pelayo su manifiesto peligro, y quanto le convenia guardarse, y defenderse, determinó levantar Vandera, tocar Casaxas, hacer gente, y probar su ventura. Llegaronsele muchos Cristianos, que todos deseaban lo mismo; á los quales con santas amonestaciones les puso en los animos nuevo esfuerzo, y

deseo de libertad, como tambien de tomar venganza de los agravios hechos á la nacion Española, Religion Cristiana, su Iglesia, y á Dios. Todos los que estaban presentes, con lagrimas de gozo, encendidos en ira, y zelo santo, deseaban ya verse en ocasion de poner en execucion sus deseos; y para hacer esto con mas acuerdo, se fueron á una montaña llamada Auseva, sobre el valle de Cangas, donde habia una Cueva para poderse recoger, que está en una peña rajada: en lo muy alto de ella tenia la boca á manera de una ventana, á la qual se entraba con grande dificultad, y peligro de despeñarse. Llamóse *Covadonga*, y hoy se llama *Santa Maria de Covadonga*, por el Santuario que alli existe.

Esta fue la fortaleza que tomó Don Pelayo, y los suyos. Puso en ella las armas que pudo, y mantenimiento, por si fuese cercado. La gente que con él estaba era hasta mil hombres, y todos de comun acuerdo le nombraron Rey. Los Moros que supieron lo que pasaba, acudieron luego al remedio con un grueso ejército. Vino un Capitan llamado Alcama, Maestro de la Milicia Morisca, y con mucha gente asi de Moros, como de Cristianos, de los quales seguian la parte del Conde Don Ju-

lian, y con ellos el Obispo Oppas. Llegaron donde estaba Don Pelayo, y su gente, y visto el lugar tan fuerte, determinaron hacer con mañana lo que á su parecer no podian con fuerza. Llegóse muy cerca Don Oppas, y pidió á Don Pelayo se llegase, que tenia que hablarle. Era persuadirle, que se rindiese, porque era cierto que habia de ser vencido con tanta gente como le tenian cercado, que le ofrecian perdon, y tierras en que vivir, y que no quisiese morir desesperadamente en manos de quien no le aguardaria ninguna misericordia, sino que antes moriria, como otros rebeldes, y obstinados. A todo esto respondió el valeroso Principe, concluyendo su respuesta, que habia de morir, ó vencer.

Con esto los Moros comenzaron por todas partes á acometer la Cueva, arrojando saétas, piedras, y dardos, que parecia lluvia. El socorro y defensa fue de Dios, y de todos los Santos de España, que milagrosamente se vió, que las saétas, y piedras, con los dardos, se volvian contra los Moros. Visto este milagro por los Cristiancs, y que tenian de su parte á su Dios, salieron de la Cueva Don Pelayo, y los suyos; y advirtiéndolo, que el Cielo peleaba por ellos, acometieron á los contrarios de tropél, y

sin orden, los quales atemorizados volvieron las espaldas: mas siguiendoles el alcance los Católicos, mataron hasta veinte mil Moros. El Obispo Sebastiano, y otros aun ponen mayor número. Aconteció asimismo otro milagro, que huyendo el resto del ejército, cerca de la Villa de Onis, una montaña, que estaba cerca del rio Deba, se arrancò, y fué causa, que un número de los Barbaros pereciesen, y fuesen sepultados: Espanta la multitud que la peña tomó debaxo; porque el referido Obispo dice, que murieron sepultados hasta sesenta mil, número, que parece increíble; pero además de este Autor, aseguran lo mismo Ambrosio de Morales, y el Doctor Pisa.

Don Pelayo, agradeciendo á Dios esta gloriosa victoria, hizo una Iglesia inmediata á la Cueva que hoy se llama *nuestra Señora de Covadonga*. Quando supieron los Moros esta gran pérdida, y derrota de los suyos, creyendo, que el Conde Don Julian, y los hijos del Rey Witiza habian sido causa de aquel destrozo, por algun concierto secreto, que con el Principe Don Pelayo tenian, luego los degollaron, y tomaron quanto tenian; y hay quien diga que en Ceuta, donde estaban la muger, y un

hijo del Conde Don Julian, fueron despeñados por los Cristianos, luego que supieron la victoria de Don Pelayo, y la muerte de Don Julian. No executaron lo mismo con la Caba, ó Florinda, porque habia muerto.

El Arzobispo Oppas fue preso, y perdió luego la vida, y hay quien dice, que este fue castigo de lo que merecia; pues así en adelante, como en la toma de Toledo por los Moros, hizo mucho con ellos, para que fuese cogida, y no ménos para que los Cristianos, Iglesias, y Monasterios padeciesen. Porque como los Moros perseguian cogiendo varias Ciudades, llegaron á la Capital, que era Toledo, y la cogieron. Consintieron los Moros, que quedasen á los Cristianos solo seis Templos, exceptuando el Templo Mayor, que era la Sede Catedral, que la querian para Mezquita mayor. Los demás, que fueron 28 los destruyeron, profanaron, é hicieron Mezquitas. Las Iglesias que quedaron para los Cristianos, fueron la de Santa Justa, San Torquato, Santa Lucia, San Marcos, Santa Eulalia, y Santa Leocadia, intramuros, cuyos Cristianos se llamaron Muzarabes.

Muchos ciudadanos de Toledo, temiendo la crueldad de los Moros, desampararon la Ciu-

dad, y otros padecieron diversos y crueles martirios por la Fé, consintiendo á ello el iniquo Oppas. Juliano refiere cumplidamente lo que pasó en el cerco, y condiciones con que se entregaron los Toledanos, que fué á 25 de Mayo del año de 719 habiendo estado despues poseida de vil canalla Morisma 376 años. Quando los Moros cogieron la Ciudad, padecieron martirio muchos; y entre ellos, dice este mismo Autor, que murieron á manos de los Moros David, Paulo, Sicemueco, Severiano, Nauccio, Triserico, Theodulos, pariente de San Ildefonso, y otros muchos; mas todo se executó, *vidente, & aprobante, ut creditur, maledicto Oppane.* Esto se hizo á vista, y aprobacion de Oppas. Maldito llama Juliano á Oppas, Arzobispo intruso, que tubo parte, y consintió en tantas calamidades, y trabajos como se han referido; y asi murió como merecia, y el Conde Don Julian, su muger, é hijo con los Witizas, castigo que se les debia en pena de sus traiciones, y maldades.

El Gobernador de Gijon Munnuzá, tambien tubo su merecido, pues noticioso de la gran batalla, y portentosa derrota de los suyos, dexando el gobierno, echó á huir; pero los



nuestros le cortaron el paso en una Aldea, llamada Olalles, tres leguas de Oviedo, y sus naturales, saliendo con chuzos, y palos, acabaron con él miserablemente; de modo, que no quedó en Asturias Moro á vida, que todos fueron muertos, y los que se pudieron libertar de la muerte, huyeron apresuradamente, y por caminos desconocidos, que no fueron vistos.

CAPITULO IV.

*Segunda batalla de Don Pelayo con los Moros, en que los vence. Queda sosegado Don Pelayo, y se dedica al Gobierno de sus conquistados Estados. Su muerte. Levantase Don Garcia contra los Moros, y toma á Ainsa. Viene contra él un poderoso Exército de Moros, y los vence con poca gente milagrosamente. Aparicion de la Santissima Cruz. Bula de Confirmacion, que el Papa embió á los dos, Don Pelayo y Don Garcia, de Reyes.*

**A** La fama de la milagrosa victoria acudieron muchos Cristianos á reconocer á Don Pelayo por su Rey, y ofrecerse á su servicio, con que aumentó en grande manera su gente, y

se fue apoderando de las Asturias, con poca ó ninguna contradiccion; porque con la derrota pasada quedò el Moro muy escarmentado, y sin ganas de volver á nueva peléa por entonces. Creese, que consiguió otras victorias, aunque los Historiadores no las dexasen apuntadas; porque le fué forzoso combatir varias Plazas, y Gobiernos que tenian los Moros en las Asturias, donde en algunas hicieron bastante resistencia, mas en otras poca. Don Pelayo, luego que consiguió la principal victoria, fue sobre Gijon, y á fuerza de armas la asoló, y puso por el suelo, en memoria de haber sido el lugar donde Munuza le deshonoró á su hermana, y cometió la traicion. De la Infanta no se escribe en qué parò: se cree, que con tan buen abrigo, como el Rey su hermano, pasaria dada á buenos, y virtuosos exercicios.

Pobló despues Don Pelayo á Pravia, y mandó edificar el Monasterio de Santa Eulalia de Belamio, empleando alli muchos de los despojos, y riquezas, que habia cogido á los Moros, y en accion de gracias por la victoria conseguida. Insistian no obstante los Moros en perseguir; pero al fin viendose una, otra, y otra vez rechazados, y con pérdidas considerables,

ofrecieron á Don Pelayo una suspension de armas, mediante un tributo anual muy moderado: condicion, en que consintió el Infante, pareciendole, y en razon, que no era poco ganar en aquellas circunstancias; porque andaban en su campo los viveres tan escasos, que aun los del mayor espíritu discurrían, y votaban por la necesidad de capitular.

No era la intencion de los Barbaros dexar por mucho tiempo á Don Pelayo en la quieta posesion de su conquistado Estado, sino de volver luego sus armas contra él, y destruirle del todo. Pero en medio de eso, aprovechóse Don Pelayo de la tregua para fortificarse, disciplinar su gente, y animada con estos sucesos, y prevenirse de viveres: lo qual le hizo muy al caso; porque los Moros distribuyeron al pie de quatro mil hombres en las cercanias de Asturias, con orden de contener á los Pueblos reducidos, y de observar los movimientos de Don Pelayo. Mas viendo los Mahometanos, que el Principe se atrincheraba, que cada dia se iba engrosando mas el número de sus tropas, y que se declaraban por él todos los Montañeses desde los Pirineos hasta Galicia, resolvieron atacarle, en la suposicion de sorprenderle. Pero le hallaron

tan prevenido, que no solo sufrió la carga con intrepidéz, sino que rechazó á los enemigos con tanto valor, que dexó tendidos veinte mil cadáveres en el campo de batalla, pereciendo los demás yá en los principios, y yá en los desfiladeros.

Con tales escarmientos tubieron á bien los Moros dexar á Don Pelayo; porque llegaron por entonces á tomarle miedo, con que quedó sosegado este Principe, ocupandose en poner en forma todo lo que habia restaurado. Casóse asimismo con Gaudiosa, de quien tubo á Favilla, y á Hemesenda, muger, que fue de Don Alonso Primero. Murió este gran Principe Restaurador á 18 de Septiembre del año 737 en Cangas de Onis. Fue sepultado á la puerta de la Iglesia de Santa Eulalia, que él habia edificado, y graves Autores dán á este Rey titulo de Santo.

Así como Don Pelayo tubo en sus principios milagrosas victorias, tambien las tubo el Rey Garcia Ximenez, el qual con el nuevo titulo de Rey de Navarra, y Aragon, vistieron de animo, y fortaleza para debelar á los Moros. Juntó su gente, que los que mas, se alargaron al número de seis cientos: mas asegurados con sus

buenos deseos, y la justa causa que llevaban, mas que en las fuerzas y poder humano, confiaron en el Divino. Fueron sobre Ainsa. Como llegaron impensadamente, la combatieron, y tomaron con grande terror, y espanto de los Moros, tanto mayor, quanto era el descuido con que estaban, y sin pensar, que los Cristianos pudiesen acudirse, ni hacer guerra por aquellas partes, que todos se habian subido á los montes Pirineos. Esta victoria, como primera, y de tanta importancia, causó á los Cristianos tanto gozo, y deseo de continuar la guerra, y conquistas, como lo habian acordado: pero quando los Moros supieron esta pérdida, fundaron todo su poder para recobrar á Ainsa.

El Rey Don Garcia dió gracias á Dios, y ordenò se dixese Misa, y renovase el culto Divino en aquella nueva poblacion. Reparó asimismo los muros, y salió al encuentro á los Moros con la gente que pudo recoger, y á la fama de la victoria pasada era ya mas en número, aunque mucho menos en comparacion de los Moros que venian sobre ellos. Quando el Rey, y los suyos vieron tan numeroso Exército de Barbaros perdieron el animo, y esperanza de vencer; y pareciendoles no tener otro remedio,

se aparejaron para morir, encomendándose á Dios, de quien les podia venir el socorro, y favor en tan grande necesidad, y evidente peligro: y así implorando el Divino auxilio, y al glorioso San Juan, en cuya cueva habian tomado la resolución de la conquista, y hecho su elección, como los Asturianos en la de Covadonga, levantando sus ojos al Cielo, de donde esperaban el favor en el presente trabajo, vió Don Garcia, y tambien los suyos sobre un roble una Cruz resplandeciente, y como si en ella oyeran la voz que del Cielo oyó Constantino el Magno: *In hoc Signo vinces.*

Animados con la Celestial Señal, como si se vieran vencedores, dieron con tanto impetu, y furia contra los enemigos, que el acometer, y vencer, todo fue uno. Murieron infinitos Moros, y cogieron grandes, y muchos despojos. Quedaron los Mahometanos desde entonces atemorizados, y sin ganas de volver á pelear con los Cristianos; con que así Don Garcia, como Don Pelayo fueron constituidos los primeros Reyes de España, y los primeros restauradores de ella, y que dieron principio á expeler de nuestros Reynos tan soez, y perversa canalla como los Moros.

Llegó á noticia de nuestro Santísimo Papa San Gregorio II, la restauracion de estos dos Católicos, y valerosos Principes, y embió una Bula aprobando la eleccion que los Aslurianos hicieron en Don Pelayo, y los Navarros en Don Garcia. Mereció blason para estos Cristianisimos Reyes, pues abrieron el camino á sus Subcesores, para recuperar todo lo perdido por los Godos, y si bien se advierte, esta pérdida dió ocasionalmente á España el supremo lustre. Sin tanta fatal ruina no se lograría Restauracion tan gloriosa. Quanta sangre derramó el cuchillo Agareno en estas Provincias, sirvió á fecundarlas de palmas, y laureles. Ninguna Nacion puede gloriarse de haber conseguido tantos triunfos en toda la larga carrera de los Siglos, como la nuestra logró en ocho que se gastaron en la total expulsion de los Moros. No se recobró palmo de tierra, que no costase una hazaña. No se podia adelantar un paso, sin que las manos abriesen camino á los pies. No habia otra senda, que la que rompia la punta de la lanza. Y en fin; no habia movimiento sin peligro; no habia peligro sin combate, y por el número de los combates se contaban las victorias.

Bien es verdad, que interpuso la Omnipo-

tencia muchas veces en nuestro favor extraordinarios auxilios: pero este es nuestro mayor blason. Tan unidos estaban los intereses del Cielo, y los de España, que en los mayores ahogos de España se explicaba como auxiliar suyo el Cielo. Qué grandeza iguala á la de haber visto los Españoles á los dos Celestes Campeones, Santiago, y San Millán, mezclados entre sus Esquadras? Era el empeño de la guerra de España comun á la triunfante Milicia del Empireo; porque juntandose en los Españoles los dos motivos del amor de la libertad, y zelo de la Religion, quanto para si ganaban de terreno, tanto aumentaban al Cielo de culto.

**FIN.**